

Venus (Rubén Darío)

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.
En el oscuro cielo Venus bella temblando lucía,
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.
A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,
que esperaba a su amante, bajo el techo de su camarín,
o que, llevada en hombros, la profunda Extensión recorría,
triunfante y luminosa, recostada sobre un palanquín.
"¡Oh reina rubia!—díjele—, mi alma quiere dejar su crisálida
y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar;
y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida,
y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar"
El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

LOCALIZACIÓN

Soneto heptadecasílabo incluido por su autor, Rubén Darío, en la segunda edición de su primera obra *Azul...*, de clara influencia parnasiana (Gautier, Mendès, Silvestre). Tras la primera edición, Darío incorporó nueve sonetos y un poema en serventesios que supusieron una revolución rítmica y métrica.

Los diez poemas añadidos en la segunda edición estaban repartidos en dos secciones: *Sonetos áureos*, a la que pertenece *Venus*, y *Medallones*. Su gran aporte fue la ruptura que supusieron con la tradición métrica tradicional, aunque hay un precedente de heptadecasílabos en la traducción de la *Eneida* de Sinibaldo de Mas.

Azul... es obra de muy temprana juventud que causó gran impacto en su época e inauguró el Modernismo; recibió grandes elogios, entre ellos dos *Cartas americanas* de

Juan Valera, que a partir de la segunda edición se incluyeron como prólogo. Está integrada por varios cuentos y poemas con influencias de los autores franceses en boga.

Darío derivó luego en su siguiente obra, *Prosas profanas y otros poemas*, hacia un modernismo más intimista.

ESTRUCTURA

Soneto de rima AB'AB'AB'AB'CD'CD'CD'. Sus diecisiete sílabas no son la única innovación que introdujo Darío, también se salían de los cánones más clásicos los cuartetos en serventesios y la rima aguda de los pares, usos novedosos muy caros a Rubén Darío.

Los versos se dividen en dos hemistiquios de 7 y 10 sílabas respectivamente.

Hay tres partes bien diferenciadas: el cuarteto inicial que describe la nostalgia del poeta; los versos del 5 al 12, ambos inclusive, en los que el enamorado descubre la causa de su melancolía y expone sus deseos fervientes a la amada; y los dos últimos versos, en los que se constata el fracaso de tan altas expectativas y se vuelve a una nostalgia mayor si cabe.

TEMA

El poema es expresión de la amargura del poeta, el cual interpela a Venus, planeta-estrella en quien personifica sus angustias amorosas. En una suerte de catasterismo inverso, la estrella se torna en amante a la que dirige sus ruegos.

El primer cuarteto es casi un remanso que acompasa las nostalgias amargas del poeta: la *tranquila noche[...]*, *quietud[...]*, *fresco y callado jardín*, todo predispone el alma a esa nostalgia. El desazonado amador busca consuelo en un jardín, espacio típicamente modernista y allí alza sus ojos al oscuro cielo.

El segundo cuarteto comienza con la posible causa de toda esa nostalgia amarga: *su alma enamorada*, alma que imagina a su amada como reina, en situaciones que fácilmente asociamos con la nobleza: en su *regio camarín* o *llevada en hombros triunfante y luminosa*, claro contraste con la oscuridad y el silencio que rodeaba al poeta en el primer cuarteto. El cielo es ahora *profunda Extensión*, se ha sobrepasado esa doméstica tranquilidad del jardín inicial. El alma enamorada busca elevarse para ir al encuentro de esa Venus reina y promisoras.

Empiezan los tercetos con la interpelación directa a la amada, que es *rubia, luminosa, de labios de fuego*. El poeta espera de esos labios que le trasporten a los *siderales éxtasis* donde el amor no conoce interrupción.

Pero el *aire de la noche*, en el penúltimo verso, enfría el éxtasis sideral. Y se cierra el poema con una Venus triste que mira desde ese firmamento, que de *cielo* inicial pasó a *profunda Extensión* y ahora se ha convertido en *abismo*.

Y lo último que ve el poeta es el triste mirar de su amada distante e inalcanzable. Su nostalgia amarga no tiene cura.

ANÁLISIS ESTILÍSTICO

El ritmo del soneto está muy marcado por esa rima aguda de los pares y la extensión desigual de los hemistiquios, a modo de cojera garbosa.

El soneto se inicia con una **anáfora** en los tres primeros versos, el *en* marca la cadencia de este cuarteto, donde quizá por ese ambiente de serena nostalgia que quiere reflejar el poeta, los elementos modernistas son muy escasos —apenas ese fondo espacial del jardín, y la aparición de Venus, muy del gusto de Darío—.

Es a partir del segundo cuarteto cuando se despliegan en el poema toda una batería de elementos plenamente modernistas: cultismos, espacios exóticos, su amada se asemeja a una *reina oriental*, el cielo es *profunda Extensión*, con mayúscula, los *éxtasis* son *siderales*: todo se desmesura hasta los dos últimos versos, en los cuales se enfriará y volverá a una nostalgia, si cabe, más desesperanzada, que tiñe de tristeza tanto el final del soneto como la mirada de la diosa amada.

Muy usadas por Darío, las **aliteraciones** aparecen en el poema. Es de destacar el contraste entre una **aliteración vocálica** en *oes* (7 veces) del último verso del primer cuarteto, y la profusión de *aes* (10 veces) del quinto verso; este contraste parece marcar la cesura radical desde esa nostalgia amarga, mejor reflejada en la *o*, más cerrada y más grave, a la esperanza y majestuosidad del segundo cuarteto, más acorde con esa *a*, abierta y de timbre más agudo, que se reparte por todo este cuarteto, aunque sin llegar al exceso del primer verso.

Los tercetos se inician con la interpelación a la amada, entre signos de admiración y con un acento antirrítmico /óh réina/, que junto al esdrújulo *díjele*, marcan este hemistiquio con un ritmo fuerte, que disloca el más remansado que traían los cuartetos; poniendo un tono enérgico, como si el poeta quisiera hacerse notar. Ritmo de contrastes en estos tercetos de rima abrazada entre versos agudos y esdrújulos.

Tras la **interpelación**, la **optación**, expresión ferviente de los deseos, que se prolongará durante cuatro versos. Es de destacar la concurrencia de infinitivos de la primera declinación en estos versos de estilo directo, lo que le dan cierta cadencia monocorde, como un rezo o letanía a la diosa distante.

La amada es *reina* y es *rubia*, mientras que el cielo era *oscuro*, sigue el juego de contrastes y el uso de tonos y colores, también muy modernista. Aparecen más cultismos que en los cuartetos: *crisálida*, *nimbo*, *siderales éxtasis*, *atmósfera*.

En los versos 10 (los dos hemistiquios), 11 y 12 la **anáfora** se combina con el **polisíndeton** para, ralentizando el ritmo, recalcar los varios y crecientes deseos del poeta, **clímax** que termina en los *éxtasis siderales* donde *no dejaría de amar ni un momento a su reina*.

Y se cierra el poema con el **poliptoton verbal**, que constata el fracaso de los deseos y esperanzas del poeta, cuando Venus, desde un cielo que ya es *abismo*, “*me miraba con triste mirar*”

CONCLUSIÓN

Soneto de la primera etapa modernista de Rubén Darío, que añadió en su segunda edición de *Azul...* De ritmo muy marcado por los versos oxítonos y proparoxítonos y los hemistiquios asimétricos.

El poema refleja un estado de melancolía y nostalgia inicial del poeta, que busca alivio idealizando a su amada en una estrella de la bóveda celeste, y que desemboca en la mayor de las tristezas tras la imposibilidad de ver cumplidos sus deseos.

Darío aprovecha el paréntesis entre estas dos melancolías para poner en juego sus más conspicuas artes modernistas: Venus, jardines, aliteraciones, cultismos, distintos grados de tonalidad... Aunque en este soneto, el clímax se ve sofocado por el desengaño final.

Manuel Berriatúa